



Tic tac tic tac

TIC TAC TIC TAC

Antología de literatura breve

PRÓLOGO

Tic tac tic tac

CLARA REDONDO

Tengo claro que este prólogo se lo quiero dedicar a los alumnos de la Escuela. ¿Cómo lo voy a hacer? Tic tac tic tac. En blanco. Pero no te bloques, Clara. Ponte música (Los Planetas, que te inspiran), cierra los ojos y a ver qué es lo primero que se te viene a la cabeza. Tic tac tic tac. Ya lo tengo. Son dos *flashazos* los que insisten en colarse en mi mente.

El primero es la imagen de Marisa, una mujer elegante que lleva al cuello una cadena con la fotografía en blanco y negro de un hombre. Octubre de 2012. Primer día de clase. Cuando yo llego, diez minutos antes de la hora, ella ya está sentada con su cuaderno y su pluma encima de la mesa. Sería. Está muy seria. «Buenas tardes, yo soy Clara, la profe. Qué puntual eres». «Buenas tardes, yo soy Marisa. La gente es que es muy impuntual». Vaya, mal empezamos. Luego ya va llegando el resto del grupo y en la ronda de presentaciones nos enteramos de que hace un mes que ha fallecido su marido y que... bueno, que está ahí con el objetivo de escribir un libro sobre él. Ahí es nada. Que quiere conocer rapidito cómo es esto de escribir. Por lo que ahora sé de él, debía de ser un hombre con energía para mover trasatlánticos. Ella se había quedado encallada en un puerto pequeño, y a lo lejos un océano peleón atestado de tiburones. Así empezó su trasiego con la escritura: para conocer rapidito cómo es esto de escribir. Demonios, qué optimista. Treinta y seis clases después, Marisa ya no era la misma. Quiero decir, era la misma persona, pero con una adicción a cuestas. Fui testigo y acompañante de su evolución como escritora, y también como persona varada en su puerto particular. Al principio, ella solo era capaz de bucear en su dolor escribiendo anécdotas personales. En realidad, todos empezamos escribiendo anécdotas personales. Es como una necesidad de mudar esa primera piel para dejar espacio a algo distinto. Es el primer paso para atreverse a escribir ficción. Ficción: aquello que no ocurre en nuestra escrupulosa realidad cotidiana sino en nuestra imaginación y que los escritores estamos obligados a manipular y a elaborar a nuestro antojo para servirlo empaquetado y bien envuelto. O, simplemente, envuelto.

Marisa también sufrió ese cambio. Y lo hizo escribiendo, escribiendo mucho. Como todos los que formaron ese grupo maravilloso que acogió a Marisa. Cada jueves, el taller se convertía en un espacio íntimo donde conversábamos, sugeríamos mejoras en el texto, hablábamos del narrador, de las contradicciones del relato, de lo que nos resultaba verosímil y de lo que había entrado con calzador. Nos enfadábamos con las rimas, buscábamos sin descanso el conflicto, queríamos unos personajes con intención, maquillábamos las oraciones, buscábamos el pálpito de la historia. Hacíamos brillar los relatos. Y en ese toma y daca, Marisa se fue enfrentando a lo que de verdad es esto de escribir. Un proceso de aprendizaje que no se adquiere por ciencia infusa sino con mucho trabajo, mucho ensayo error y una gran dosis de desesperación. Porque para conseguir que una historia se acerque remotamente a lo que hemos querido contar, hacen falta muchos minifracasos. Todos los escritores sufrimos esos fracasos. Esos vacíos. Esos ratos largos en blanco. Nos atascamos con las palabras. En esos momentos, tic tac tic tac, yo me calzo las deportivas y me bajo a la Casa de Campo, que por suerte la tengo a un suspiro de casa. Y me pongo a correr, necesito sudar, y me engaño protestando porque me faltan las fuerzas, pero no, no me faltan, voy mirándome los pies, y mis pequeñas zancadas me aseguran que voy a correr el tiempo que me he marcado. Suelo hacer una parada cuando llego al Zoo; bordeo la valla y me detengo en un hueco que me deja ver la «casa» de los monos. Me gusta ver cómo se comportan. Me quedaría allí horas. Algunos parece que están nerviosos, otros no hacen más que jugar y dar brincos, las madres despiojan a las crías. Hay un bla, bla, bla incomprensible que se escucha en el silencio del recinto. Estoy yo y los monos. Estamos los monos y yo. ¿A qué venía todo esto? ¿Por qué me he ido hasta la valla de los monos? Tic tac tic tac. Me he dejado llevar, simplemente.

¿Y yo? ¿Dónde estaba yo en ese proceso de Marisa? Pues también al otro lado, pero sin separación entre nosotras. Justo enfrente de ella. Ahí sentada, dirijo las clases, opino, comento, les recomiendo autores, preparo guías de lectura, corrijo, critico... Aunque lo que quizá no saben es que cada minuto estoy aprendiendo de ellos. Consumo cada relato como una bebedora selecta, me los pongo delante y, frente a ese espejo, me reflejo en ellos. Y me peleo (con los relatos) y conmigo. Exprimo mi cerebro, mi estómago y mi intuición para analizar estas historias. Quiero darles lo me-

por de mí, y a veces creo conseguirlo. A cambio, ellos sí consiguen darme mi alimento. Esto que cuento es abstracto, lo sé, y debería buscar alguna otra idea para que se me entendiera mejor. Voy entonces a por esa segunda imagen en movimiento que dije que se me había colado en la cabeza cuando comencé a escribir este prólogo.

Octubre de 2013. Sala gris de la Escuela. Grupo nuevo. Hormigas en el estómago. Un montón de personas cuyos nombres tardaré varias semanas en aprenderme. Escriben una propuesta de escritura que les hago, para romper el hielo, y ellos leen en alto, tan bien mandados. A algunos se les quiebra la voz, no están acostumbrados a leer en público lo que concibieron como íntimo. Otros están deseando leer. Están ansiosos por experimentar. Es entonces cuando percibo la energía concentrada. Sé que desean escribir. Que aman o están en proceso de amar la literatura. Ellos no lo saben, ni yo entonces tampoco, pero en ese instante, los astros más benévolo y simpáticos del universo que nos cuida se han alineado para dar paso a la magia en este grupo.

Tres semanas más tarde, no hay ninguna cara anónima. Todos tienen nombres, y a cada nombre viene adherido un gesto, una sonrisa, una manera de entrar por la puerta, de hablar. Un rasguño o una caricia en su escritura, unas posibilidades infinitas de contar. Pablo nos robó el primer suspiro con aquellos danzantes que giraban sobre sí mismos. El primer suspiro de muchos. Javi nos embelesó con esa línea dibujada con tiza en el suelo del portal. Y con el poema en el indú. Y con el violín de fondo. Karla y su vuelo onírico hacia las granadas. Diana es la reina de los diálogos, y hace hablar a quienes tienen algo que decir, sobre lo cabal, sobre el sinsentido. Y, demonios, es veloz liando cigarrillos. Cristina me hizo llorar con aquel padre desmemoriado y lúcido. David, que sabe muy bien cómo hacer crecer un tsunami en la piscina después de esa aparente calma. Vicky, la todopoderosa hacedora de los cuentos más tiernos que a veces matan de dolor. *Insba'Allah*. Raquel, que sin darse cuenta nos llevó a todos a una orgía. Y nos gustó. Crispeque, belleza que te acoge, y que reconoce la niñería del hombrecito encerrado en las paredes de aquel *loft*. Jorge puso la música con el almirez. Y María, pluma fina que por suerte quiso probar el lado oscuro de las palabras. Y Delia, como el Guadiana, que se apura por el conflicto y se engancha a ratos a la ficción de una cinta transportadora.

Me cautiva ese *nosequé* que se respira. Y es que las clases se han convertido en un espacio lúcido e intenso en el que se interpretan los textos, se los mima y se los vapulea, se saca lo mejor de ellos. Es increíble lo que este grupo está consiguiendo. Como profesora, me siento orgullosa de estos futuros escritores. Orgullosa y agradecida. Yo los acompañé a ellos, y ellos... también me han acompañado a mí. Fue un jueves. Llego a clase con un encargo que me han hecho de escribir un cuento infantil. Estoy atascada con él. ¿Que está atascada la profe? Pues lluvia de ideas. Y durante aquella lluvia de ideas creció Gordon, nuestro Gordon, porque en este libro ellos han dejado también sus huellas dactilares. Y ahí está, flamante, *Un guante rojo sobre el pastel*. Vaya, que siento que les debo algo de lo que soy, porque una va siendo lo que acumula en cada instante que vive. Y es la suma de esos instantes lo que me hace y me deshace para volver a impulsarme. Gordon. Fue magnífico.

Y es magnífico que haya logrado encaminar este prólogo hacia donde yo quería: una carta de agradecimiento a todos los alumnos que han pasado por mis clases y que están sumergidos en la búsqueda. Porque los talleres mueven sentimientos, reparten teoría, reactivan sensaciones, condensan emociones, enseñan el camino más corto y a la vez el más comprometido, transforman a estos escritores. Me alimentan a mí como profesora y también como persona. Me hacen crecer.

Antes de acabar, quiero hacer también una mención especial a mi lejano y a la vez muy próximo grupo de Relato por Internet. Dos años (con unos, y con otros un año) llevamos compartiendo espacio sideral y esquivando intromisiones galácticas. El trabajo sin descanso y la unión de estas personas a las que físicamente separan océanos y placas tectónicas han hecho posible algo grande. Nos ha acompañado en todo momento una idea de búsqueda, de trabajar un relato de ficción para comprender mejor la realidad, o para desaprofundarla, mejor dicho. Una búsqueda constante de algo valioso y único... que quizá, ay, no encontremos nunca.

Hace rato que se acabó el disco de Los Planetas. Hace rato que no me resuena ese tic tac tic tac de los demonios. Es hora de calzarme las deportivas y bajarme a correr.